

Esperanza número equivocado

Elena Poniatowska

Esperanza siempre abre el periódico en la sección de sociales y se pone a leer las novias.

Suspira: "Ay, señorita Diana, cuándo la veré a usted así". Y examina infatigable los rostros de cada uno de las felices desposadas. "Mire, a esta le va a ir de la patada..." "A esta otra pue'que y se le haga..." "Esta ya se viene fijando en otro. Ya ni la amuela. Creo que es el padrino..." Sigue hablando de las novias obsesiva y maligna. Con sus uñas puntiagudas —"me las corto de triangulito, pa arañar, así se las había de limar la señorita"—, rasga el papel y bruscamente desaparece la nariz del novio, o la gentil contrayente queda ciega: "Mire niña Diana, qué chistosos se ven ahora los palomos". Le entra una risa larga, larga, larga, entrecortada de gritos subversivos: "Hi ¡Hi! ¡Hi! ¡Hi! ¡Hiiii!", que sacude su pequeño cuerpo de arriba abajo. "No te rías tanto, Esperanza, que te va a dar hipo".

A veces Diana se pregunta por qué no se habrá casado Esperanza. Tiene un rostro agradable, los ojos negros muy hundidos, un leve bigotito y una patita chueca. La sonrisa siempre en flor. Es bonita y se baña diario.

Ha cursado cien novios: "No le vaya a pasar lo que a mí, ¡que de tantos me quedé sin ninguno!". Ella cuenta: "Uno era decente, un señor ingeniero, fíjese usted. Nos sentábamos el uno al lado del otro en una banca del parque y a mí me daba vergüenza decirle que era criada y me quede silencio".

Conoció al ingeniero por un "equivocado". Su afición al teléfono la llevaba a entablar largas conversaciones. "no señor, está usted equivocado. Esta no es la familia que usted busca, pero ojalá y fuera". "Carnicería 'La Fortuna'" "No, es una casa particular pero qué fortuna..." Todavía hoy, a los cuarenta y ocho años, sigue al acecho de los equivocados. Corre al teléfono con una alegría expectante: "Caballero yo no soy Laura Martínez, soy Esperanza..." Y a la vez siguiente: "Mi nombre es otro, pero en ¿qué puedo servirle?" ¡Cuánto correo del corazón! Cuántos "Nos vemos en la puerta del cine Encanto. Voy a llevar un vestido verde y un moño rojo en la cabeza"... ¡Cuántas citas fallidas! ¡Cuántas idas a la esquina a ver partir las esperanzas! Cuántos: "¡Ya me colgaron!" Pero Esperanza se rehace pronto y tres o cuatro días después, allí está nuevamente en servicio dándole vuelta al disco, metiendo el dedo en todos los números, componiendo cifras al azar a ver si de pronto alguien le contesta y le dice como Pedro Infante: "¿Quiere usted casarse conmigo?" Compostura, estropicio, teléfono descompuesto, 02, 04, mala

manera de descolgarse por la vida, como una araña que se va hasta el fondo del abismo colgada del hilo del teléfono. Y otra vez a darle a esa negra carátula de reloj donde marcamos puras horas falsas, puros: “Voy a pedir permiso”, puros: “Es que la señora no me deja...”, puros: “¿Qué de qué?” porque Esperanza no atina y ya le está dando el cuarto para las doce.

Un día el ingeniero equivocado llevó a Esperanza al cine, y le dijo en lo oscuro: “Oiga señorita, ¿le gusta la natación?” Y le puso la mano en el pecho. Tomada por sorpresa, Esperanza respondió: “Pues mire usted ingeniero, ultimadamente y viéndolo bien, a mí me gusta mi leche sin nata”. Y le quitó la mano.

Durante treinta años, los mejores de su vida, Esperanza ha trabajado de recamarera. Sólo un domingo por semana puede asomarse a la vida de la calle, a ver a aquella gente que tiene “su” casa y “su” ir y venir.

Ahora ya de grande y como le dicen tanto que es de la familia, se ha endurecido. Con su abrigo de piel de nutria heredado de la señora y su collar de perlas auténticas, regalo del señor, Esperanza mangonea a las demás y se ha instituido en la única detentadora de la bocina. Sin embargo, su voz ya no suena como campana en el bosque y en su último “equivocado” pareció encogerse, sentirse a punto de desaparecer, infinitamente pequeña, malquerida, y, respondió modulando dulcemente las palabras: “No señor, no, yo no soy Isabel Sánchez, y por favor, se me va a ir usted mucho a la chingada”.